

# TEATRO Y POLITICA

## (al margen del otorgamiento del Premio Nobel de la Paz al presidente Arias)

*Víctor Valembois*

Ignoro cuál es la afinidad de Don Oscar Arias Sánchez para con lo teatral. Pero a manera apenas de esbozo, quisiera reflexionar en voz alta acerca de la relación entre teatro y política, en ambos sentidos, cada vez con ejemplos prácticos para Costa Rica, con la idea de desembocar en la aplicación de este binomio al caso de nuestro flamante Premio Nobel.

Que el teatro tiene mucho de político se sabe perfectamente desde los clásicos griegos. Allí esta actividad artística estaba totalmente supeditada a los intereses de la 'polis', la comunidad organizada. La misma etimología de las palabras 'política', 'policía', etc., delata su origen con esta organización.

En esta época, todo teatro era por fuerza oficial, sujeto a un lugar y una época asignados por la oficialidad. Todo teatro era también por definición 'popular' y 'democrático', en el entendido que todo ciudadano tenía el derecho (y el deber?) de asistir a estas actividades comunitarias. Además está repetir aquí que todo lo anterior estaba sustentado por una concepción ideológica, eminentemente política por cierto y clasista a más no poder, en la medida en que al 90% de los habitantes de la Atenas de Pericles, por ejemplo, se les negaba la condición de ciudadano, sea porque eran esclavos, sea porque eran 'bárbaros', es decir, en este contexto, extranjeros residentes sin conocimiento del idioma y de los valores culturales de la 'polis'.

Que el teatro tiene por fuerza también mucho que ver con lo político en lo temático, igualmente rige desde los mismos griegos. Esquilo y Sófocles eran los dramaturgos oficiales. Pero ya con Aristófanes por ejemplo, surge el teatro como instrumento en contra de la oficialidad, o por lo menos con una función de interrogación.

Aplicando todo esto a Costa Rica, es sintomático recordar, ahora que estamos celebrando el 90 aniversario de nuestro máximo coliseo cultural, que este fue edificado por una clase muy determinada, la que estaba en el poder, gracias al poderío económico que produjo la exportación del café. Toda la arquitectura del edificio, desde su modelo parisino, hasta sus mármoles italianos, pasando por su infraestructura metálica belga, todo se debió a una fuerte alianza, diríamos más, identidad, entre cúpula política y elite consumidora de lo artístico.

Esta clase eligió justamente la expresión artística operística y teatral como signos evidentes de su dominio. El mismo Teatro Nacional constituía en sí una patentización de prepotencia clasista. Pero el mismo Jacinto Benavente, a pesar de pertenecer a este grupo privilegiado, con su expresión aforística de que 'San José, una aldea alrededor de un teatro', detectaba ya entonces la ausencia de cultura propia e históricamente crecida, que era la de sus espectadores locales.

En lo temático, no es menos sintomático que se haya perdido la obra *San José en camisa*, por lo que se sabe, hasta cierto punto contestataria del sistema imperante. En cambio bien conservado quedó el teatro oficialista, como aquella *Magdalena* que se escenificó hace algunas temporadas. Allí los protagonistas, enriquecidos con el café a costa del sudor de otros, deciden ir a culturizarse a París, la meca cultural de la burguesía alienada de entonces, lo mismo que ahora lo es Miami para esta clase cuyo nacionalismo tiene el tamaño de su bolsillo.

Pero en esta aproximación a la relación teatro—política interesa también ver el otro lado de la medalla, a saber más específicamente lo que la política tiene de teatral, en general y después en aplicación específica al caso de Costa Rica.

Que lo político tiene también mucho de teatralidad es algo que, generalmente solo se ve en lo anecdótico. Célebre es el caso de Krustjov golpeando espectacularmente con su zapato la tribuna de las Naciones Unidas. Cuando en el caso de Reagan se recuerdan sus antecedentes de actor de cine, malo por lo demás y en el estilo de Hollywood, él no es una excepción a la regla de que la relación política—teatro se ve casi siempre en términos negativos. La política se suele asociar con lo teatral también particularmente para subrayar su carácter de falsedad, de artificialidad, cosa que los angloparlantes reflejan hasta en una terminología política peculiar: la expresión de *'window dressing'* la traduciríamos nosotros quizá con *'arreglos para la galería'*, por lo que cada idioma, con su genio particular, recurre a visualización con referencia a algo teatral. Pero, como veremos, conviene también enfocar esta misma bipolaridad desde un ángulo positivo, especialmente en el caso de Costa Rica.

El modelo de democracia que vive Costa Rica mucho tiene que ver con la teatralidad: qué otra cosa son las reuniones de plaza pública, por ejemplo, sino la actuación directa frente al espectador—elector potencial. Por mucho que hayan avanzado las posibilidades de comunicación por medio de la tecnología, estas tienen sin embargo el inconveniente en común de lo no presencial, cosa que la plaza pública en sí salvaguarda y explota. De allí la importancia, en este medio, del apretón de manos personal, de la golpeadita en la espalda, por el candidato—actor.

También la gesticulación vivencial de banderas, donde el color es signo de banderío político, todo eso tiene mucho de teatral, útil además de propio, por crecido de la misma prác-



tica política en un país donde, por problemas de analfabetismo entre los lectores, hubo que recurrir a lo visual—espectacular, como identificación de un partido, un líder, un programa, en vez del sistema de números que se utiliza generalmente en Europa.

En lo protocolar—visual, en el ceremonial de Estado, en tantos ritos, como los *Te Deum*, los traspasos de poder y las presentaciones de cartas credenciales, siempre hay buena parte de teatral. Costa Rica, como país con vocación pacífica e independentista tiene el deber de codificar todo esto de manera propia, auténtica, sin caer en la alienación por burda copiadera de modelos foráneos (como los *confetti*, y otros *show—business* que desde Halloween hasta las entregas de mando, pasando por el *'Thanksgiving day'*, los *cursis* de aquí nos quieren imponer en abierto colonialismo mental).

Un grave peligro consiste también en que se considere que estas visualizaciones, tan teatrales en sí, sustituyan la necesidad de programas, de estudio, de comparación. Se corre el riesgo de que estos elementos exteriores adquieran valor en sí, perdiendo su valor de signos, o sea, perdiendo su capacidad de referencia a otra cosa. En este caso, nuevas vistosas elecciones, en la ciudad como en la universidad, rápidamente degenerarían en circo, allí donde los romanos, antes por lo menos todavía, según el dicho, también ofrecían el pan !

En el caso específico del Presidente de Costa Rica, sin necesidad de teatralidad vacía ni vedetismo personalista, reconozcamos que él ha sabido explotar teatralmente la elección de escenarios para la alta defensa de sus ambiciones de paz regional. Algunos ejemplos, de lo vivido en lo que lleva esta Administración, nos pueden evidenciar lo anterior.

En el plano local, pienso en el recurso visual—simbólico de las gradas a la entrada de la Catedral de San José, para explicitar y reafirmar sus compromisos de campaña. Se me ocurre también que no será mera casualidad que la reunión final de febrero de 1987, con Presidentes centroamericanos, trampolín histórico hacia Esquipulas II, ocurriera en nuestro Teatro Nacional.

En el plano internacional, Don Oscar Arias, sin histrionismo barato, al contrario, con la parquedad de gestos y con la misma timidez que se le conoce, a pesar de todo, supo escoger sus escenarios de combate ideológico. Con acertada palabra, tanto en inglés como en español, actuó, y actuó tan bien como para granjearse de a poco interés y hasta simpatía—hacia la catarsis aristotélica—tanto en los parlamentos europeos, como en el Congreso de Estados Unidos y, hace poco, con mesurada actuación en las Naciones Unidas. Este foro, para bien o para mal, es el nuevo gran teatro del mundo.

Ojalá, en bien de Costa Rica y de la convulsionada región, sepa el Presidente de la República aprovechar, ahora más todavía, la imagen y la teatralidad intrínsecas al Premio Nobel de la Paz. La misma entrega de este premio y su posterior ostentación han de convertirse en moneda política, en aras de una solución centroamericana al conflicto ístmico. Que primero en el escenario de Oslo, ojalá con sus colegas centroamericanos, y luego en todas las tribunas donde le tocará actuar todavía teatralmente en función de sus encomiables objetivos políticos, sepa el Señor Presidente instrumentalizar este recurso que el destino le amparó!